



Diario de Víctor Frankenstein

Por Tonatiuh "Sangre" Ontiveros

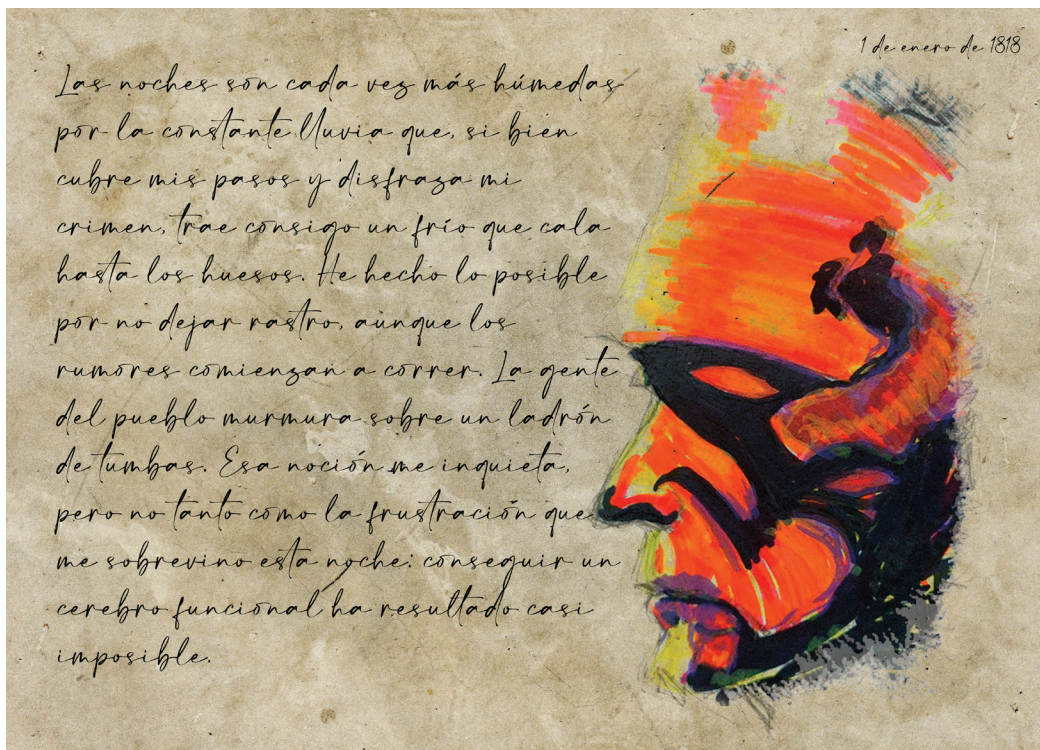


Ilustración: Valentina Mejía; montaje Gerardo Mercado

La visita de hoy al cementerio fue particularmente complicada. La búsqueda de órganos útiles para mi empresa, la creación de vida a partir de lo muerto, se vuelve cada vez más complicada. Al principio, encontrar las partes del cuerpo resultó una tarea relativamente sencilla; los cadáveres frescos ofrecían extremidades y torsos en condiciones aceptables. Si una parte faltaba o mostraba signos graves de deterioro, bastaba con encontrar otro cuerpo y seguir adelante, uniendo fragmentos como piezas de rompecabezas; sin embargo, me he encontrado ante una realidad desoladora que me ha hecho dudar, por primera vez, si mi obra se concretará.

Las noches son cada vez más húmedas por la constante lluvia que, si bien cubre mis pasos y disfraza mi crimen, trae consigo un frío que cala hasta los huesos. He hecho lo posible por no dejar rastro, aunque los rumores comienzan a correr. La gente del pueblo murmura sobre un ladrón de tumbas. Esa noción me inquieta, pero no tanto como la frustración que me sobrevino esta noche: conseguir un cerebro funcional ha resultado casi imposible.

El señor Fischer, conocido por su charcutería en el centro, falleció hace apenas dos días. Lo supe por las conversaciones de un grupo de mujeres en la calle que discutían sobre el deceso. Debía aprovechar la oportunidad, porque el cerebro es de lo primero en descomponerse. Mi ruta al cementerio me fue tan familiar como los paseos de mi infancia. Ya casi no necesito la linterna que me acompañó en mis primeras incursiones, pero sí debo verificar el es-

tado de los órganos. Esta noche, la lluvia fue mi enemiga, resbalé y caí en el barro; quedé empapado y cubierto de fango. Incluso con tal percance, llegué finalmente a la tumba.

Excavar fue arduo y, cuando por fin alcancé el ataúd, me encontré con un obstáculo imprevisto: la madera era nueva, firme; mis manos húmedas y resbaladizas apenas lograban abrirlo. Sin entrar en detalles, y por respeto a la memoria del difunto, solo puedo decir que llegué a la cabeza, pero la decepción me esperaba una vez más: el preciado cerebro era completamente inservible. El alzhéimer destrozó mi materia prima.

Mientras escribo, me encuentro en mi cama, recién bañado, intentando olvidar el hedor penetrante del cadáver y la suciedad que me cubría. La frustración persiste, y me atormenta un nuevo pensamiento: si no lograra obtener lo que necesito de los muertos, ¿debería, acaso, pensar en robar la vida de alguien, un borracho despreciado, una prostituta abandonada en los callejones oscuros de la ciudad...? ¿Podría justificar su sacrificio en nombre del progreso, de la ciencia, de la creación que cambiará al mundo y desafiará a Dios mismo?

Pero no. No soy un destructor, soy un creador. Mi objetivo no es el causar muerte, sino traer vida; sin embargo, no puedo evitar pensar que, al igual que Dios ha quitado vida por el bien de la humanidad, quizá yo también debía considerarlo. Mi dilema sigue sin resolverse: ¿debo atreverme a arrebatar lo que después pretendo devolver? 🧟



Tonatiuh Ontiveros Soto es estudiante de la Licenciatura en Artes Visuales de la UAEMéx. Fue mención honorífica en el XXI Salón Anual Facultades de Artes, con su obra Mártir. Ha participado en la elaboración de escenografía para compañías como Netflix, HBO y Vogue, a través de la empresa Sero Construcciones. El tema central de su trabajo artístico es la muerte, la cual ha plasmado en piezas de collages para exposiciones locales.